

En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo». Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el Ángel le dijo: «No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin». María dijo al Ángel: «¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?». El Ángel le respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios». María dijo entonces: «Yo soy la servidora del Señor, qué se cumpla en mí lo que has dicho». Y el Ángel se alejó.

Queridas hermanas, queridos hermanos en Cristo,

hemos escuchado el relato de San Lucas sobre el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad: es decir, **el deseo de Dios de irrumpir en la historia y en la vida de los hombres para ofrecernos una oportunidad que va más allá de lo que somos capaces de vivir.**

Esta noche quisiera llamar su atención sobre un aspecto que a mí me parece un rasgo importante, sobre todo hoy en día: la esencialidad y sobriedad con la que se describe este evento: pocas líneas y ausencia de escenografía.

San Lucas nos invita a concentrarnos en lo importante, dejará en mano de los artistas la tarea de embellecer, imaginar, pensar incluso en los aspectos exteriores.

Al evangelista sólo le interesa una cosa: **la comprensión profunda del acontecimiento.**

Me gustaría, entonces, concentrarme con ustedes precisamente en esto.

Todos ustedes conocen el sentido de la Navidad, porque lo han estudiado en el Catecismo, pero **no sé si esta verdad ha entrado, desde un punto de vista psicológico, espiritual, cotidiano, en la estructura de nuestras acciones, sentimientos y deseos.**

Cuando meditamos y queremos celebrar algo, de hecho, nos preocupamos por muchos aspectos externos, bonitos, porque el hombre tiene además una dimensión estética que satisfacer: decoramos los belenes, sacamos las casullas bonitas, nos preocupamos por la escenografía, y creemos que la celebración de la Navidad consiste también en esto.

Sin embargo, con el paso del tiempo, honrar la Navidad se ha convertido casi únicamente en esto, en particular en la vida del cristiano medio, común.

El mensaje del relato evangélico de San Lucas es sencillo:

**Dios quiere que nazca en ti un niño, un Salvador: Jesús.
¿Lo aceptas?**

Hoy he hecho esta consideración, tal vez un poco extraña: **cuando Dios creó al hombre, no le pidió permiso para crearlo**; también en este caso el Ángel habría podido decir: «mira que el Espíritu Santo te ha visitado, ha engendrado en ti un hijo y tú darás a luz a este niño».

Entonces se entendería incluso mejor la respuesta enigmática de María: «*no tengo relaciones con ningún hombre*»; está claro que María no tenía relaciones con ningún hombre: estaba comprometida; sin embargo, lo lógico sería que en nada las tendría y concebiría un hijo.

Dios espera su respuesta, dice: «¿Quieres ser tú la madre del Salvador?»

No te preocupes por cómo pueda pasar eso porque **no hay nada imposible para Dios**».

Estas palabras tendrían que llegar a lo más profundo de nuestro ser y hacernos vivir con fuerza, dignidad, esperanza, alegría, ¡incluso el afán cotidiano!

No hay nada imposible para Dios; cuando no interviene significa que no debe intervenir, que es mejor para nosotros que no intervenga.

¡Hay un misterioso proyecto, inaccesible para nosotros!

Lo que sí es accesible para nosotros es esta declaración de Dios.

En Navidad, entonces, primero debemos concentrarnos en el hecho de que Dios se espera de nosotros un «SÍ» para que nos convirtamos en creaturas nuevas.

En este período de epidemia de *Covid* ha habido un debate en la televisión que, de verdad, al final se ha vuelto nauseabundo: en Navidad tenemos que visitar al abuelo, al nieto, tenemos que ir necesariamente una semana a la montaña, ¿cómo podemos privarnos de todo eso?

¿Cómo se puede celebrar la Navidad si no están el nieto o la abuela?

¿Cómo se puede?

¡Se puede!

A lo mejor, queridos hermanos, para nosotros es una gran oportunidad para descubrir que **la Navidad no debe considerarse como una fiesta familiar**, por muy bonita que sea, por muy útiles y necesarias que sean estas cosas.

¿Cómo se pueden discutir las apelaciones a la sobriedad y la prudencia, cuando hay miles de muertos?

¿Cómo se puede?, vuelvo a decir.

¿Es posible que no podamos celebrar una Navidad diferente?

¿Tenemos que escaparnos necesariamente a la segunda casa?

¡Relajémonos!

*IV Domingo de Adviento
Homilía 20-12-2020*

Lc 1,26-38

p. Giuseppe Paparone op

Quizás muchos de ustedes tienen un belén en su casa; relajémonos y contemplémoslo.

No estamos solos, estamos con Jesús, quien nos dice: «¿quieres convertirte en una nueva criatura?».

La Encarnación, de hecho, es el don que Dios le hizo a la humanidad para vivir una existencia alternativa a la natural.

Nosotros podemos llenar la vida natural, la dimensión social, nuestro sentimiento espontáneo, con algún que otro adorno o rito, pero nos engañamos a nosotros mismos y frustramos las acciones de Dios.

Debemos celebrar la Navidad adoptando una actitud acogedora de lo que nos parece imposible. *¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre? No hay nada imposible para Dios.*

Nosotros también podemos vivir una vida diferente, en la que el principal afán no sea el bienestar mundano, sino el reino de Dios.

¡No sé para cuántos creyentes el reino de Dios es el primer afán en su vida cotidiana y su religiosidad!

Me gustaría dejaros con una pregunta: **¿qué lugar ocupa hoy en mi vida la búsqueda del reino de Dios?**

¿Qué hago en mi acción relacional cotidiana, para asegurar que el reino de Dios entre y cambie esta sociedad nuestra?

Esta es la Navidad: recordarnos a nosotros mismos qué es lo que se nos propone, qué es lo que se nos ofrece y qué debemos hacer nosotros.

No tenemos que hacer muchas cosas: cambiar la disponibilidad, el deseo, ponernos a disposición tal y como lo hizo María: *hágase tu voluntad, Señor.*

Me gustaría dejarles esta exhortación y, para los que están lejos de sus afectos terrenales y no podrán celebrar esta Navidad a través de una serie de fiestas, detalles y regalos, les digo: ¡aprovechemos de ello, no nos quejemos!

El Papa esta mañana lo ha dicho: intentemos en este tiempo tan dramático no hacernos regalos, no intercambiamos dones entre nosotros, sino regalar algo a quienes no tienen nada.